

Revista del
Centro Dermatológico Pascua

Volumen
Volume **13**

Número
Number **2**

Mayo-Agosto
May-August **2004**

Artículo:

50 años. Un largo camino

Derechos reservados, Copyright © 2004:
Centro Dermatológico Pascua

Otras secciones de
este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

*Others sections in
this web site:*

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



Medigraphic.com

50 años. Un largo camino

Dr. Amado Saúl

El pasado día 25 de junio del 2004 justamente 50 años después de que se graduara el Dr. Amado Saúl se le rindió un merecido reconocimiento. Hubo mucha audiencia, desde sus hermanos, amigos compañeros y alumnos, alumnos de todos, y como alguien dijo también estuvimos los alumnos "puros y primitivos" es decir los que tomamos clases directamente de él en las aulas del "Pascua" o del "Hospital General".

Para mí es un orgullo tener las raíces dermatológicas que tenemos y es por ello que le he pedido al Dr. Saúl que me permitiera publicar lo que escribió para esa ocasión y extender el ameno mensaje.

Dr. Virgilio Santamaría G.*

DÓNDE HAN QUEDADO ESTOS CINCUENTA AÑOS. Haciendo un alto en este largo camino iniciado el viernes 25 de junio de 1954 hasta el día de hoy viernes 25 de junio del año 2004, miro hacia atrás, muy poco hacia delante y regreso imágenes como en una película muda de los años veinte que a veces se atora, se descuadra, se desenfoca o se rompe con los inevitables reclamos de la audiencia.

Me veo entrar, no sin temor, a la antigua Escuela de Medicina de Santo Domingo a las 7 de la mañana para enfrentarme con cientos de compañeros a la justamente temida anatomía descriptiva, me veo impresionado con las impresiones repetidamente soñadas, de un cadáver momificado oliendo a formol. Las largas y tediosas repeticiones de la descripción de huesos y articulaciones, de músculos, arterias y nervios, la memorización, ahora se pregunta uno para qué, de las ramas de la maxilar interna o la cara interna del esfenoides. Por fin la terminación de esas primeras materias, el único y primordial objetivo: pasar la anatomía, hay tantos repetidores, un verdadero handicap para seguir adelante, para llegar a ser médico.

El examen de anatomía con Acosta, Quiroz y el temido Martínez. Desarrolle la ficha No. 11: nervio cubital, arteria facial, cuerpo calloso. Que no me toque disecar el cuello. Busque usted el hipogloso mayor y su rama ascendente. Dónde demonios está el hipogloso mayor. Sí lo encuentro. Las 11 de la noche, fin del

examen, felicidad y satisfacción: 9, 9, 9, he vencido el reto. Regreso a pie a casa, los pocos centavos han ido a parar a las manos de los mozos de anfiteatro que así aprovechan la satisfacción del examinado que ha pasado esa terrible anatomía. En casa, todo está a oscuras, todos duermen, no hay nadie con quién festejar este primer éxito de la carrera, total es todo mío, pero no, al otro día dar las gracias como buen mexicano que se estime, a la virgen de Guadalupe. A Dios rogando y con el mazo dando.

Pasaron los días, las semanas, los años. La llegada a los hospitales, ya no más cadáveres, ahora seres humanos, como uno, con problemas de salud. Llega el internado en un sitio, el menos deseado, pero escogido por mí mismo: el Hospital de la Mujer en la antigua Plaza de la Santa Veracruz, frente a la Alameda Central y con un mercado de corona de muertos entre las dos iglesias ahí situadas. Qué buen lugar para esas coronas y que estímulo para los enfermos que iban a ese hospital, mujeres, solamente mujeres y niños y atrás del hospital una calle dedicada a la prostitución que daba material humano al hospital, aún no había SIDA, pero sí sífilis, condilomas y tricomonas. Nuestras compañeras no querían pasar por esa calle por temor de que las confundieran, había necesidad de acompañarlas siempre a la salida del hospital.

Luego el Servicio Social en una ranchería de la Huasteca veracruzana, lejos de la casa y de las comodidades habituales, sólo a la suerte de cada quién, ya se tenía necesidad de tomar decisiones, sin las orientaciones de los maestros, pero no se sentía uno un médico ya formado. Qué temor, qué inseguridad, qué responsabilidad.

Ahora la tesis y el examen final, escoger un jurado benigno: un neurólogo, un nefrólogo y un dermatólogo y llegó la fecha: jueves 24 de junio, día de Corpus Christi, puede ser de buen augurio. En la noche, en un salón de la Escuela de Medicina, a solas con el jurado, nadie más. Hable usted de tuberculosis renal, del tratamiento de la sífilis con penicilina y de la epilepsia. Firme usted el Libro de Actas, eso significa que ya lo logré, ya soy médico, ¿ya soy en verdad médico?

Tres o cuatro compañeros esperan en el patio. Hay que celebrarlo, pero aún falta el examen práctico, no importa, unas copas en la cantina de la esquina y una función en el Tívoli, único teatro de burlesque de

* Jefe de Investigación, Editor de la Revista del CDP.

la ciudad, casi un cuento de hadas comparado con los actuales.

Al día siguiente. Viernes 25, día del Sagrado Corazón, al Hospital General. Estudie usted este enfermo, cómo fue que encontraron un paciente de una enfermedad que decían se había acabado: la tabes dorsal, pero al fin se acabaron los exámenes por lo pronto. No hay festejos, ni grandes fiestas, un Te Deum, un brindis y ya y ahora ¿qué sigue?

Recorrer hospitales, hacer solicitudes, entrevistas: Cruz Roja, Hospital General, Central Quirúrgica, Seguro Social. Sí, estamos interesados en usted, venga el mes próximo o nunca. Qué especialidad me gusta: pediatría, psiquiatría, neumología, neurología, no gastroenterología ni menos ginecoobstetricia. No hay residencias en el país, algunos compañeros pudientes, los menos se van a EUA: a hacer sus residencias, los que no podemos, buscamos en los hospitales conocidos, en el de la mujer siento tener ciertas facilidades para hacer pediatría, pero al final no me gusta ver sufrir a los niños, no sirvo para ello. Mientras se decide uno, de algo hay que vivir, ya es tiempo de retribuir a los padres lo que han invertido en nosotros, poner un consultorio por aquí y otro por allá, pero que aburrido es estar esperando que lleguen los enfermos y solamente consulta: niños, diarrea, bronquitis, señoras, partos y enfermos de la piel. Nunca me había interesado en esta rama de la medicina durante la carrera, pero hay algo atractivo en la piel y en sus enfermedades, por lo menos las ve uno y sabe uno si sabe o no sabe y eso es un adelanto. Un compañero muy allegado inicia sus estudios en oftalmología, porqué no vienes a este hospital oftalmológico y ves enfermos de la piel, hay muchos, a ti te gustaba la dermatología, ¿me gustaba en realidad?, pero no sé nada o casi nada de la piel, todas las manchas me parecen iguales, voy hacer daño. Mejor voy al pabellón 11 del General, con el subjefe del servicio con quien había yo llevado la dermatología. Sí, venga, pero nada más, no me toma en cuenta.

Es mayo de 1956, un día entro a la consulta de una joven doctora que acababa de regresar de España donde había hecho estudios de dermatopatología. Me pregunta, es usted alumno de la clase del maestro Latapí, no doctora, soy médico y quiero aprender dermatología. Entonces tiene que ver al Jefe del Servicio, el Dr. Latapí, debe estar dando clase en el comedor. Cierto ahí estaba hablando de lepra tuberculoide. Maestro, deseo aprender dermatología. Quién es usted, cómo se llama, qué hace usted, con quién llevó la clase, cuánto sacó, qué enfermo estudió usted: un caso de eritema pigmentado fijo, ¡ah! ¿se parece a la lepra tubercu-

loide, verdad?, sí contesté automáticamente sin saber a ciencia cierta a qué se refería y empecé a asistir al Servicio en las mañanas, a ver primero y pronto, demasiado pronto según mi entender, a dar la consulta frente a alumnos de pregrado. Hable usted, me dijo un día, sobre terapia de contacto en dermatología en una sesión del servicio, y eso qué es. Ni modo, hubo que ir hasta los mismos orígenes de la física de las radiaciones para entender y después hacer entender a los demás, así se aprende, haciendo y enseñando. Hay mejores ebanistas que médicos, dice el maestro.

También muy pronto, hay que dar clases a todo el grupo, pero no sé hablar en público, pero todo el mundo está ocupado en el Servicio, se organiza el III Congreso Ibero Latino Americano de Dermatología, octubre de 1956. Usted tiene que atender a los alumnos como pueda: encerrarse horas antes y leer el único libro disponible: el Escalona. No había diapositivas, la clase era con enfermo siempre, enseñar es la mejor manera de aprender. Pero me gustó la enseñanza.

Llegó la fecha del Congreso, qué emoción conocer a los dermatólogos de América Latina, de España, Portugal y Francia: Degos, Vilanova, Pierini, Borda, Quiroga, Gay Prieto, Ramos e Silva, que ilusión y a veces desilusión. Se presentan casos *in vivo*, así se acostumbraba, me atrevo a presentar un complicado caso de tuberculosis cutánea. Hay comentarios y críticas de los grandes profesores, yo soy un novato, no se aún como comportarme en tales casos, sale al quite la Dra. Novales con mucha mayor experiencia y conocimientos y aprendo. Los grandes profesores, mientras más grandes, más intratables, los mejores son los más sencillos: Obermayer, Cottini, Marchionini siempre amables con los jóvenes y los dermatólogos en formación.

Asisto al Pab. 11 del General y en las tardes al Centro Dermatológico Pascua y empiezo a meterme en el atractivo e inseguro camino de la leprología. Por supuesto no hay plazas de trabajo, no hay remuneración alguna, se paga el aprendizaje con el trabajo diario, quizás era mejor que hoy en el que pagan por aprender.

Vivo la llegada de la griseofulvina para el tratamiento de las tiñas, sobre todo de la cabeza y de las uñas y veo morir la radioterapia depilatoria que me había enseñado la Dra. Obdulia Rodríguez antes de partir a España. Traté más de 600 niños con ese método. También viví la quimioterapia de los micetomas que se había iniciado con la diamino difenil sulfona y ahora ensayábamos las sulfonamidas de acción retardada y más tarde la llegada de los azólicos que cambiaron para siempre el tratamiento de las micosis superficiales y algunas profundas.

Empiezan en 1959 los viajes a congresos, aprendo a viajar y lo peor es que me gusta, el primer país conocido es Portugal, el IV Congreso Ibero Latino Americano, mis primeras experiencias en presentar trabajos y defender mis puntos de vista aún en contra de los grandes maestros. Después España, Francia, Italia, y demás países, otro mundo, París, siempre París, sólo París, que diferente el mundo desde aquí y se nos va modificando la vida. Después Sudamérica, Estados Unidos, Río de Janeiro, una copa de burbujeante champagne, Buenos Aires, una copa de maduro vino tinto, más tarde Asia, Australia, Grecia y Egipto, cunas de nuestra civilización y África. La mejor inversión, lo único que se llevará uno al partir de este mundo: lo que comió, vistió y viajó.

A la vez trabajo en el pabellón 11 en las mañanas, en el Centro Pascua en las tardes, ahora ya con plaza y sueldo y en las noches en el consultorio, pero cuando se está joven, no se cansa uno y se atreve a todo. Se va haciendo lentamente una clientela propia. Decía el maestro Latapí para tener enfermos en el consultorio es necesario tres cosas: enseñar, publicar y dar consultas en un hospital público y las 3 cosas las hice. Todo parece entrar en un impasse, pero la vida continúa.

Llega 1960 y con ese año un Programa activo contra la lepra encomendado al maestro Latapí, intervengo en la formación de las brigadas y después en su supervisión en su trabajo de campo por 5 años. Conozco la realidad del país en visitas a pueblos y rancherías de Guanajuato, Morelos, Michoacán, Querétaro, Guerrero. Cómo aprendí en esos viajes y cuánto beneficio hicieron al país esas brigadas que descubrieron y pusieron en tratamiento a cientos de enfermos de lepra. Nunca se les agradecerá lo suficiente. De ahí nació la frase que el maestro Latapí me atribuye: "sin esperanza de premios ni honores" ¿la habré dicho yo de verdad?

Por eso surge la talidomida y su gran impacto por sus efectos teratogénicos, pero me llega información de Sheskin que en 1965 la había utilizado con mucho éxito en la reacción leprosa. Y tengo tres enfermos encamados en el pabellón 11 con intensa reacción leprosa, ya no sé qué hacer, ya hasta quiero darles corticoesteroides en contra de las ideas del maestro Latapí, consigo muestras, ya el medicamento ha sido retirado, se las doy a esos tres pacientes, son hombres, no hay peligro alguno, confirmo, Sheskin tiene razón, es un medicamento activísimo en la reacción leprosa. Presento el trabajo en el III Congreso Mexicano de Dermatología, atrae comentarios en contra, se pueden leer en las Memorias de dicho congreso, no me importa quiero más talidomida, pero no hay modo de conseguirla en México

y un buen día voy a Munich a un Congreso International de Dermatología y con la ingenuidad clásica del mexicano llego no sé como a Stolberg, cerca de Colonia, en Alemania a pedir regalada talidomida y la traigo de contrabando, dos veces voy por ella, la última con la Dra. Rodríguez y después voy a recogerla a medianoche al aeropuerto cuando el laboratorio nos regala 100,000 pastillas, para eso ya todo mundo está convencido de la utilidad de este medicamento en la reacción leprosa, en la dermatitis solar, en el lupus eritematoso discoide, en las aftas, en el prurigo nodular y hoy en día en otras enfermedades al encontrársele muchas otras cualidades no antes determinadas.

Me tocó también el uso y el abuso de los corticoesteroides en enfermedades de la piel. Una etapa muy relevante de la dermatología. Los corticoesteroides, medicamentos que han salvado muchas vidas y han echado a perder otras tantas. La panacea de la terapéutica dermatológica. Esteroides para todo y por todos lados, casi sin diagnóstico, sin medir las consecuencias, una forma fácil de salir de un enfermo por un ratito y después que bataille otro, el canto de las sirenas, el nuevo Prometeo encadenado, luz y sombra, ángel y demonio de la terapéutica. Pero no son los corticoesteroides los villanos, son los médicos los que los mal usamos. Despues viene la etapa de los retinoides, muchas esperanzas, otras tantas frustraciones, éxito inmediato en enfermedades difíciles de tratar: acné, psoriasis, dermatosis ictiosiformes, resultados paliativos, transitorios, medicamentos caros, con muchos efectos colaterales, también iatrogénicos.

También he vivido el boom de los antimicóticos con sus diferentes planes, usamos por vez primera el miconazol, el ketoconazol, el itraconazol.

En el pabellón 11, ahora 109 del Hospital General, se abren las plazas de la carrera hospitalaria, único hospital del país que la tiene y se pone a oposición la plaza de médico adscrito en la cual concursé con otros médicos del servicio y la gané, pasé así de ser médico externo, sin sueldo de 1956 a 1959, después médico de base con sueldo y más tarde adscrito, adjunto y en 1977 Jefe del Servicio hasta 1994 en que paso a ser Consultor Técnico: la capa córnea del Servicio a punto de caerse.

Pero al mismo tiempo en que voy ascendiendo en la carrera hospitalaria sigo trabajando en el Centro Dermatológico Pascua, vivo la leprología intensamente y me involucro con los pacientes y sus necesidades, vivo el cambio al nuevo edificio y la siempre lamentable desaparición del maestro Latapí y más tarde del Dr. José Barba Rubio, el incansable promotor de

la dermatoleprología en Jalisco, personas irrepetibles a quienes debe mucho la dermatología mexicana.

La docencia también va en progreso, primero ayudante del maestro Latapí y más tarde profesor titular de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional, alguna vez de La Salle, más de 1,000 alumnos habrán pasado por mi clase. Desde el Pascua contemplo la enseñanza organizada de posgrado, en 1960 se organizaron cursos breves para formar a los brigadiers del programa lepra y en 1977 se acepta el Curso Universitario de Posgrado de Dermatología del Hospital General. Ahí se han formado más de 120 dermatólogos en mis tiempos, no sólo de México, también de otros países como Brasil, España, Honduras, El Salvador, Venezuela, Ecuador, Costa Rica y se siguen formando en la actualidad.

Tiempo de publicaciones. En 1956 se publica el primer número de Dermatología, Revista Mexicana, en 1959 pido al maestro Latapí hacerme cargo de la Redacción y lo hago por 35 años, cuántas satisfacciones me dio la revista, así conocieron en el medio internacional lo que se hacía en México en el campo de la dermatología, por ella nos conocieron. Me da por publicar en toda clase de revistas, y esta actividad concluye en un libro, Lecciones de Dermatología que ve la luz en 1972 y la 14 edición en el 2001. Hay capítulos escritos en libros de otros autores. Es un gran privilegio poder decir lo que se piensa, lo que se sabe, lo que se aprende a través de la palabra escrita. Así, mucha gente sabe de mí sin conocerme a través de mi libro y publicaciones, qué bueno, halaga mi natural ego.

También la música me ha hecho y me sigue haciendo muy feliz, puedo decir lo que siento y lo que quiero sin ofender a nadie, la música me ha acompañado y me sigue acompañando hasta hoy, me entretiene, me consuela, me tranquiliza, me hace exorcizar mis demonios sin que nadie se dé cuenta. Son los viajes y la música mis mayores desvaríos.

En mi largo camino en dermatología he visto surgir la influencia de la genética, de la bioquímica, de la inmunología que en mucho nos ha ayudado a conocer la etiopatogenia de algunas enfermedades y tratarlas más convenientemente aunque algunas veces es más lo que se dice de un medicamento que lo que es en realidad y también he presenciado la irrupción de la cirugía en la dermatología haciendo de nuestra especialidad una rama médica quirúrgica, lo cual le ha traído no pocas dificultades con la cirugía plástica reconstructiva, pienso que siempre hay para todos y la cosmiatría que conocí en Argentina en 1963 ha llegado como una tromba a la dermatología de todos los días y está bien, lo que no alcanzo a comprender es la exageración a la que llegan algunos dermatólogos bien

conocidos que basan su vida dermatológica sólo en procedimientos de cosmetología que en ocasiones se antojan no debieran ser parte de la terapéutica dermatológica y no acepto más razón que el muy humano objetivo de ganar más y más dinero.

Me preocupa y asombra la tecnología a la que hemos llegado y sin embargo no podemos resolver un caso de vitílico o de psoriasis o de un melanoma avanzado, el envejecimiento de la piel atrae a buen número de dermatólogos y las innumerables técnicas: Botox, implantes, hilos aptos, materiales de relleno están en uso en todas partes y claro es infinitamente mejor que los aplique quien sabe y tiene experiencia a que lo vayan a practicar los salones de belleza. Hasta dónde vamos a llegar. Quién lo sabe. Qué clase de dermatología practicarán nuestros nuevos residentes en este país en los próximos 25 años.

Y de los medicamentos: primero expectación, ilusiones, más tarde frustraciones, eso ha sucedido en la alopecia androgéтиca masculina, la psoriasis y los nuevos inhibidores de la calcineurina en la dermatitis atópica.

Al finalizar estos pensamientos, este trayecto de la dermatología en estos 50 años, incompleto, cierto es, surgen dudas, desilusiones, estrategias. Qué clase de dermatología queremos para el futuro de este vapuleado país, cómo debemos conducir a nuestros residentes que se ponen en nuestras manos confiados que los hemos de dirigir por los mejores caminos, quién será capaz en estos días de señalar los parámetros del dermatólogo del siglo XXI, yo me confieso inepto para hacerlo, pero sí me preocupa que un joven esté más interesado en cómo aplicar un material de relleno o unos hilos aptos que en apoyar a un enfermo de pénfigo, de psoriasis o de vitílico. La medicina clínica va muriendo, ahora todo es dermatopatología, inmunorreacciones, dermatoscopias y demás. El tiempo pondrá cada cosa en su lugar y dará la verdadera utilidad de cada recurso.

Es verdad que la lepra, la sífilis, la tuberculosis han disminuido mucho, pero todavía a mí me tocó los largos tratamientos con sulfonas, las reacciones leprosas sin talidomida, los sufrimientos de estos pacientes, casi lloraba con ellos, aunque no me tocó vivir la época heroica que sí vivieron Latapí, Barba Rubio, Rodríguez Lavalle, Malacara. Me queda un buen recuerdo de ello.

A la larga distancia de 50 años contemplo mi vida realizada en muchos aspectos, no en otros, no me tocó transmitir la vida a otros seres.

Todo tiene un fin y se avecina seguramente, pero no pienso en el reposo del guerrero, sin hacer algo me moriría antes. Quisiera como los árboles, morir

de pie frente a unos alumnos o frente a un enfermo. Qué sabe uno de su destino, vuelve los ojos hacia atrás y se contempla el camino recorrido por valles a veces alegres, por ríos cantarinos, pero también por agrestes montañas y áridos desiertos. De todo y en todo se puede disfrutar si es uno capaz de ello, creo que yo no lo he sido.

La preocupación final, el deseo de trascender, aunque sea por poco tiempo. Somos menos que un granito de arena en la inmensidad del océano que es la vida.

Y al entrar en contacto con estos recuerdos, con estas vivencias, lleno de una visión ante lo inevitable, aquello para lo que nos preparamos diariamente, también debemos pensar que todos los ciclos en la vida concluyen, que hay que disfrutarlos cuando se desarrolleen, porque buenos o malos los tiempos pasan y no regresan, así es la vida, así es la medicina, así es la dermatología.

Y parafraseando a algún literato insigne: confieso que he vivido.